



Hansel y Gretel

En el lindero de un gran bosque vivía un pobre leñador, con su esposa y sus dos hijos, llamados Hansel y Gretel.

19

En la casa del leñador casi que no había qué comer ni qué beber. En una ocasión la región tuvo tal carestía, que el pobre hombre ahora sí que no pudo ganarse ni siquiera el pan de cada día. Así que una noche, mientras daba vueltas en la cama pensando en la mala situación, suspiró profundamente y dijo a su mujer:

–¿Qué será de nosotros? Ni siquiera tenemos con qué alimentar a nuestros hijos; entonces, ¿qué quedará para nosotros?

–Te diré qué haremos, esposo mío –respondió la mujer–; llevaremos a los niños temprano en la mañana a la parte más espesa del bosque; les haremos una fogata y les daremos un mendruguillo de pan a cada uno; después, nosotros nos iremos a trabajar y los dejaremos solos; con seguridad que no podrán encontrar el camino de regreso a casa y así nos libraremos de ellos.

–No, mujer –respondió el hombre–, soy incapaz de hacer eso; no tengo corazón para abandonar a mis hijos en la mitad del bosque; los animales del bosque darán cuenta de ellos.

–¡No seas necio!; entonces los cuatro moriremos de hambre; debías pues

alistar los ataúdes—. Y con esa cantinela lo atormentó hasta que él estuvo de acuerdo.

—Sin embargo, los pobres niños me dan tanta lástima...

A todas éstas, el hambre tampoco había dejado dormir a los niños; así que escucharon lo que la madrastra había dicho a su padre. Gretel, entre amargos sollozos, le dijo a Hansel: —Para nosotros ahora sí todo terminó.

—Quédate tranquila, Gretel, algo me idearé para salir del aprieto.

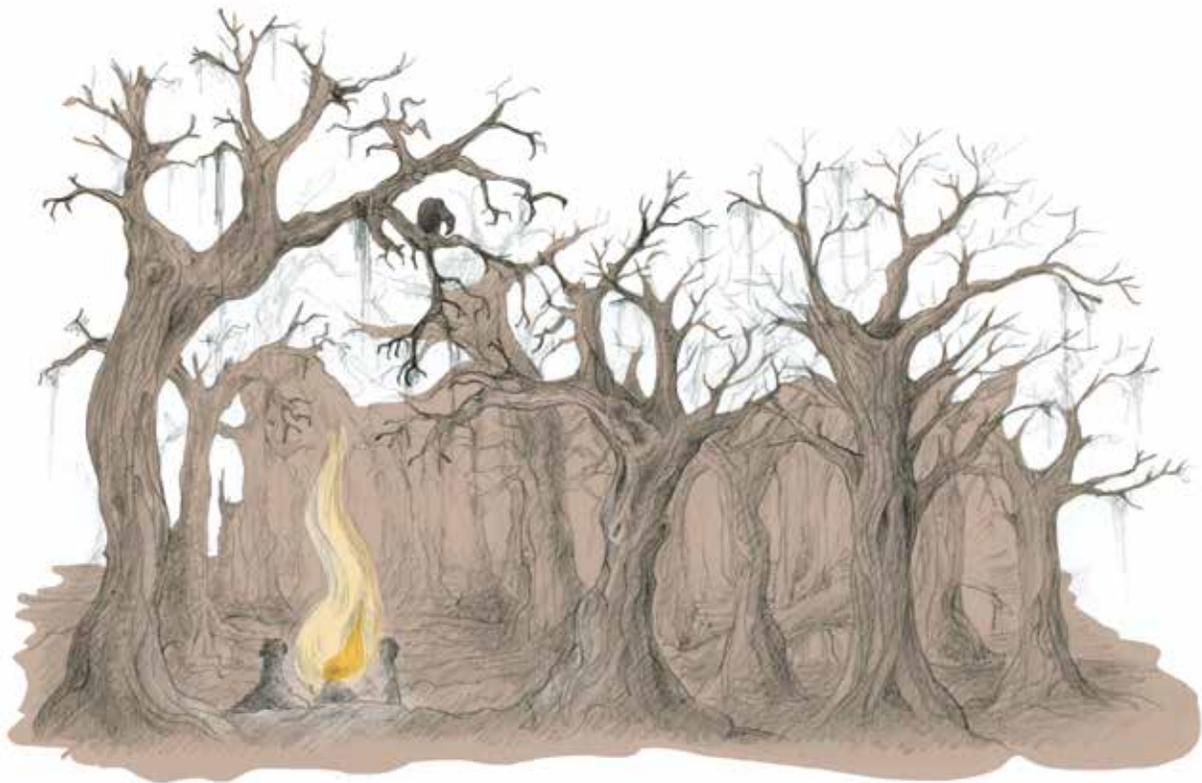
Y cuando los padres se quedaron dormidos, Hansel se levantó, se puso su abrigo, abrió la puerta trasera de la casa y se deslizó afuera. La luna brillaba y los guijarros blancos que había cerca a la puerta parecían monedas de plata. Hansel se agachó y recogió tantos guijarros cuantos le cupieron en los bolsillos de su abrigo. Luego regresó a la casa y le dijo a Gretel:

—No te aflijas, hermanita, duerme tranquila; el Señor no nos abandonará —y volvió a meterse entre las cobijas.

Al romper el día, cuando todavía el sol no acababa de salir, la mujer entró y despertó a los niños, diciendo: —¡Arriba, perezosos! Vamos al bosque a cortar leña—; luego les dio un mendrugo de pan, mientras les decía: —Esto es para el almuerzo. No se lo coman antes, es todo lo que hay.

Gretel se guardó el mendrugo en el delantal, pues Hansel tenía los bolsillos llenos de guijarros. Luego tomaron el camino del bosque. Apenas habían caminado un poquito, Hansel se paró y miró hacia la casa; y así siguió haciendo hasta que su padre le dijo:





–¿Qué es lo que tanto miras Hansel? ¡Camina, no se te olvide para qué sirven las piernas!

–Ay, padre –dijo Hansel–, estoy mirando a mi gatito blanco que está sentado sobre el tejado diciéndome adiós.

–No seas tonto, no es tu gatito sino el sol de la mañana que se refleja en la chimenea–. Por supuesto que Hansel no estaba mirando su gato, sino que cada vez que se detenía dejaba caer un guijarro en el camino.

Una vez estuvieron en mitad del bosque el padre les dijo a los niños que recogieran leña seca e hicieran una fogata para calentarse; Hansel y Gretel reunieron un pequeño montón de leña seca; luego le prendieron fuego, y cuando las llamas estuvieron a bastante altura, dijo la mujer:

–Ahora niños, acuéstense junto al fuego y descansen. Nosotros iremos a cortar más leña; cuando tengamos suficiente, vendremos a recogerlos.

Así pues, Hansel y Gretel se sentaron junto al fuego, y al mediodía se comió cada uno su pedacito de pan. Como oían los golpes del hacha no dudaban de que su padre se hallaba cerca; pero no era así: lo que oían era una rama seca que golpeaba contra el tronco de un árbol. Al cabo de un rato los ojos se les fueron cerrando de cansancio, así que cayeron en un sueño profundo.

Cuando se despertaron, era ya de noche; Gretel comenzó a llorar y dijo:

–¿Cómo podremos salir del bosque?–. Pero Hansel la consoló diciéndole:

–Aguardemos un poco, hasta que la luna salga, entonces nos será fácil encontrar el camino de regreso–. Y cuando la luna llena brilló en el cielo, Hansel tomó de la



mano a su hermanita, y siguió el sendero que le mostraban las piedrecitas al brillar como monedas recién hechas. Caminaron la noche entera, y sólo al amanecer llegaron a la casa de su padre. Tocaron entonces a la puerta, y cuando la mujer abrió y se dio cuenta de que eran ellos, dijo:

—¡Pero qué malos son ustedes! ¿Por qué han dormido tanto? Pensamos que nunca más regresarían.

El padre en cambio se sintió muy feliz, pues estaba muy triste por haberlos dejado solos en el bosque.

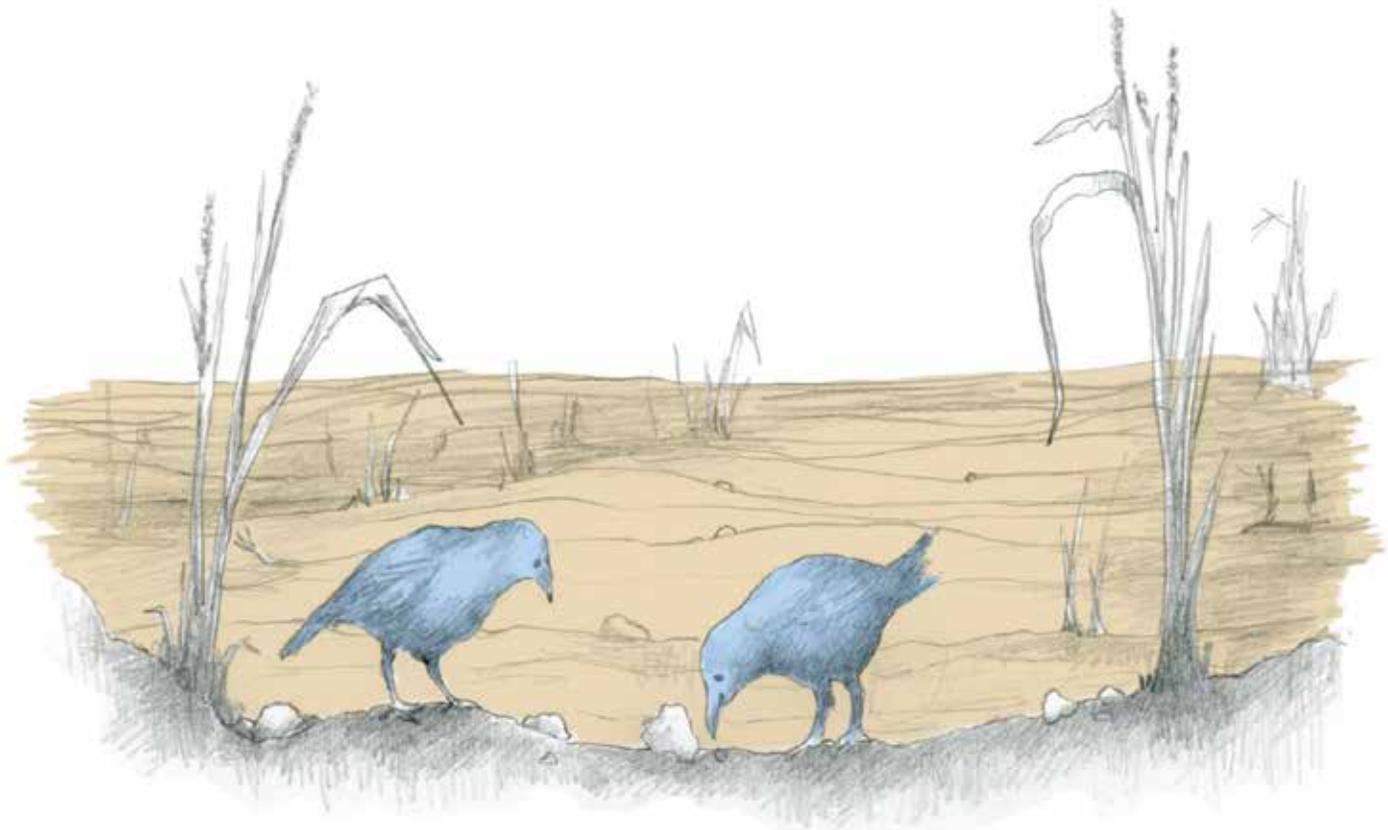
No pasó mucho tiempo hasta que la escasez volvió; una noche los niños escucharon que la mujer le decía al leñador:

—Otra vez se nos ha acabado todo; sólo nos queda medio pan; cuando nos lo comamos, todo habrá terminado. Los niños tienen que irse. Esta vez nos internaremos aún más en el bosque, de modo que no puedan hallar el camino de regreso; no hay nada más que hacer.

El hombre se entristeció mucho; pensaba para sí: “Sería mejor compartir con ellos el último mendrugo”. Pero la mujer no quiso oír ninguna de sus razones, se burló de él y le hizo toda clase de reproches:

—Quien dice A una vez, tiene que decir B otra; y cuando un hombre cede una vez, tiene que volver a hacerlo.

Pero como los niños estaban despiertos, oyeron toda la conversación. Cuando los padres se durmieron, Hansel



se levantó pensando en salir y recoger guijarros otra vez; pero la mujer había echado cerrojo a la puerta, de modo que el niño no pudo salir; sin embargo, consoló a su hermana diciéndole:

–No llores Gretel; duerme tranquila, Dios nos ayudará.

23

Muy temprano en la mañana la esposa vino y sacó a los niños de la cama. Les dio a cada uno un mendrugo de pan (esta vez más pequeño que el anterior); y mientras caminaban hacia el bosque, Hansel fue desmenuzándolo entre el bolsillo y regando las migajas en el suelo.

–Hansel, ¿por qué te detienes y miras hacia atrás? –preguntó el padre.

–Estoy mirando a mi palomita, que está en el tejado y me dice adiós –respondió Hansel.

–No seas tonto –dijo la mujer–, no es una palomita sino un rayo de sol mañanero que brilla en la chimenea.

Pero Hansel siguió regando las migajas mientras caminaba.

La mujer condujo a los niños a la mitad del bosque, tan adentro, que jamás los niños habían estado por allí. Igual que la vez anterior encendieron una fogata, y la mujer dijo:

–Niños, quédense aquí juiciosos; y cuando estén cansados, duerman; nosotros iremos bosque adentro a recoger leña, y cuando hayamos terminado regresaremos por ustedes.

Al medio día, Gretel compartió su pan con Hansel, ya que el de él lo había



regado en el camino. Luego se recostaron y se fueron quedando dormidos; así pasó la tarde y llegó la noche, y nadie vino en busca de los niños. Cuando se despertaron era ya noche cerrada. Hansel entonces consoló a la hermanita diciéndole: –Esperemos, Gretel, hasta que la luna salga; entonces encontraremos el camino de regreso, siguiendo las migajas que yo he regado por el sendero.

Así que cuando la luna salió se levantaron; pero no pudieron hallar ni una sola migaja, ya que los miles de pájaros del bosque y de los campos se las habían comido. Hansel pensó que podría encontrar el camino, pero no fue así. Caminaron toda la noche, y también al día siguiente de la mañana a la noche, pero nada que lograban salir del bosque; y además estaban muy hambrientos, pues apenas si habían podido comer las bayas que encontraban en el bosque, así que cuando estuvieron tan cansados que ya no fueron capaces de tenerse en pie, se tumbaron debajo de un árbol y se profundizaron.

Habían pasado ya tres días desde que abandonaron la casa de su padre. A pesar de que trataban de regresar, se internaban más en el bosque; de modo que si no recibían pronto ayuda morirían de inanición.

Al medio día vieron un hermoso pajarillo, blanco como la nieve, parado en un arbusto, y cuyo canto era tan precioso que los niños se detuvieron a escucharlo; y cuando terminó, el pájaro extendió las alas y echó a volar delante de ellos. Hansel y Gretel lo siguieron hasta que el pájaro llegó a una casita y se posó en el tejado; y cuando los niños llegaron se dieron



cuenta de que la casita estaba hecha de pan, el tejado de pastel, y las ventanas de azúcar transparente.

—¡Comeremos de todo esto. Qué banquete el que nos espera! —dijo Hansel—, yo me comeré un pedazo de techo; cómete tú un poco de la ventana, te sabrá muy dulce.

Hansel se empinó y cogió un pedazo de techo, sólo para ver cómo sabía; Gretel, por su parte, le dio un mordisco a la ventana. Entonces salió una vocecilla del interior de la casa:

—Quién come, quién come,
¿quién se come mi casita?

Los niños respondieron: —No se preocupe, es el viento—, y siguieron comiendo sin ocuparse de lo que oían. Hansel, a quien el techo le gustó mucho, partió un pedazo muy grande; y Gretel cogió una ventana, se sentó y comenzó a dar cuenta de ella. Entonces se abrió la puerta, y de pronto apareció una vieja, apoyada en un bastón.

Hansel y Gretel se asustaron tanto que dejaron caer lo que tenían en las manos. Pero la vieja movió la cabeza y dijo: —¡Ay, mis niños, ¿cómo han llegado hasta aquí? Entren y quédense conmigo, nada malo les pasará—. Los tomó de las manos y los entró a la casita. Allí les dio una muy buena comida: leche, y pasteles con azúcar, manzanas y nueces. Luego les mostró dos camitas blancas, y Hansel y Gretel se acostaron en ellas pensando que estaban en el cielo.

A pesar de que la vieja había sido tan amable, en realidad era una bruja perversa que espía a los niños, y que había construido la casita con el único fin de atraerlos. Una vez los tenía en su poder, acostumbraba matarlos, cocinarlos y comérselos, y ese día era para ella un día de fiesta.

Aunque las brujas tienen los ojos rojos y no pueden ver muy lejos, su olfato es en cambio tan fino como el de los animales, de modo que saben cuándo una criatura humana está cerca. Cuando supo que Hansel y Gretel estaban cerca, se rió con una malvada sonrisa y se dijo: —¡Ahora son míos, no los dejaré escapar!

Entonces al día siguiente, muy temprano en la mañana, antes de que los niños se despertaran, se levantó y les echó una mirada; y al verlos dormir tan plácidamente, con sus mejillas rojas y redondas, se dijo: —¡Qué fiesta voy a darme!

Entonces cogió a Hansel con su mano huesuda, lo condujo a un pequeño establo y lo encerró tras una puerta de rejas; allí podría gritar y llorar tanto como quisiera, de nada le serviría. Luego fue hasta donde dormía Gretel, la sacudió y le gritó:



–Levántate, perezosa; ve a buscar agua y prepara una buena comida para tu hermano: él está afuera en el establo y tiene que engordar; cuando esté gordo, me lo comeré.

Gretel comenzó a sollozar amargamente, pero de nada le sirvió; ella tenía que hacer lo que la malvada bruja le mandaba. De modo que al pobre Hansel se le preparaba la mejor comida, mientras que para la pobre Gretel sólo había caparazones de cangrejos.

Todas las mañanas la bruja visitaba a Hansel en el establo y le gritaba:

–Hansel, saca un dedo a través de la reja, ¡quiero ver si estás bastante gordo para comerte!

Pasaron cuatro semanas, pero Hansel seguía tan flaco como había llegado; la bruja entonces perdió la paciencia y no fue capaz de esperar más. Entonces le gritó a Gretel: –¡Ven acá, Gretel!, corre y tráeme agua. Gordo o flaco, mañana me comeré a Hansel.

¡Ay, como gemía la pobre hermanita mientras traía el agua, y cuántas lágrimas corrían por sus mejillas!

–¡Dios mío, ayúdanos! –gritaba–, ¡si al menos hubiéramos sido devorados por las fieras del bosque!

–Ahórrate tus lamentos, –le dijo la mujer–; de nada te servirán.

Al día siguiente muy temprano, Gretel tuvo que levantarse, encender el fuego y colgar el caldero.

–Primero haremos el pan –dijo la vieja–; ya prendí el horno y tengo la masa lista –y empujó a la pobre Gretel hacia el horno, del cual ya salían llamas.

–Mete la cabeza –dijo la bruja–; fíjate si está tan caliente que podamos meter el pan.

Una vez Gretel estuviera adentro, la bruja pretendía cerrar el horno, asarla y comérsela también. Pero Gretel adivinó las intenciones de la vieja, entonces le dijo:

–No sé cómo hacerlo, ¿cómo puedo meterme ahí dentro?

–No seas estúpida –gritó la vieja–; ¿no ves que la boca del horno es tan grande que incluso yo quepo?

Así que se acercó y metió la cabeza entre la boca del horno. Entonces Gretel le dio un empujón que la lanzó adentro, cerró la tapa y la atrancó. ¡Qué aullidos tan pavorosos comenzó a lanzar la vieja! Pero Gretel salió corriendo y dejó que la vieja se cocinara horriblemente.

Al llegar al establo, abrió la puerta y gritó:

–Hansel, estamos salvados, la vieja bruja ha muerto.

Entonces Hansel saltó fuera como un pájaro al que se la abre la puerta de la jaula. ¡Cómo se alegraron! ¡Cómo se abrazaron! ¡Cómo se besaron y cómo bailaron! Y puesto que ya no tenían nada que temer, se metieron en la casa de la bruja y vieron que en cada rincón había arcas llenas de perlas y de piedras preciosas.

–Estas son mejores que los guijarros, –dijo Hansel– mientras se llenaba los bolsillos; y Gretel pensó que también le gustaría llevar algo a casa, así que llenó de perlas su delantal.

–Pero ahora vámonos –dijo Hansel.
–Tratemos de salir de este bosque embrujado.

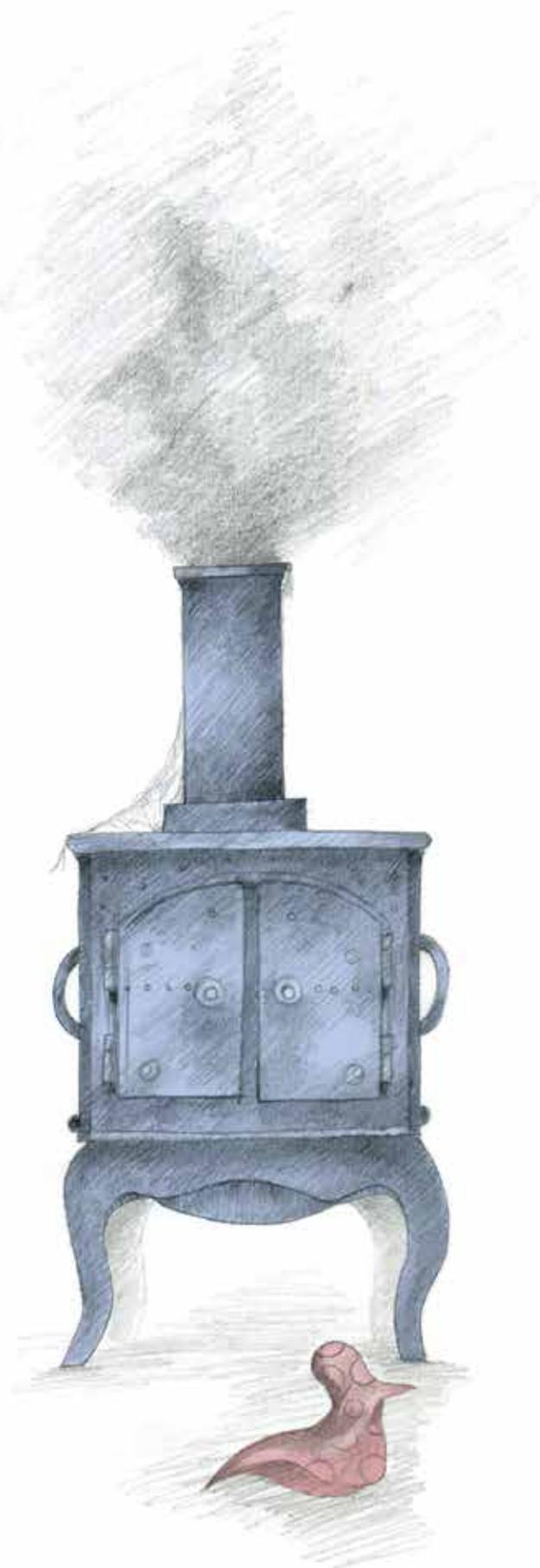
No habían caminado sino unas cuantas horas, cuando se encontraron frente a un gran río. –Jamás lograremos cruzar –dijo Hansel–. No hay por dónde pasar y no veo ningún puente.

–Tampoco hay ninguna barca –dijo Gretel–, pero se acerca un pato blanco; ¡si le pido que nos ayude, seguro que lo hará!

–Pato, patito mío,
no veo paso ni puente,
ven aquí; sobre tu espalda
cruzarán Hansel y Gretel.

El patito se acercó, Hansel se montó y pidió a su hermana que lo hiciera también.

–No –respondió Gretel–, será mucho peso para el pato; podemos pasar uno por uno.



Y así se hizo. Ya en la otra orilla, reanudaron la marcha muy felices. Cada vez el bosque les era más familiar, hasta cuando divisaron, a la distancia, la casa de su padre. Corrieron hasta que llegaron y se echaron en sus brazos. El pobre hombre no había tenido un momento de sosiego desde que los abandonara en el bosque; a todas éstas, la mujer ya había muerto. Y cuando Gretel sacudió su delantal, las perlas y las piedras preciosas rodaron por el suelo; también Hansel fue sacando las suyas de los bolsillos, puñado tras puñado. Así terminaron sus penas y vivieron felices por siempre jamás.

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

